Homenaje a Tota Quinteros

Una luchadora social definida por ella misma

Tota, incansable, pidiendo la verdad sobre la desaparición de su hija Elena.

En el verano de 1989, **La República de las Mujeres** estaba transitando por su primer año de vida. Luego de un duro periplo, se llegaba al plebiscito para pronunciarse sobre la ley de caducidad, más popularmente conocida como ley de impunidad, garantizando a todos los militares que cometieron graves violaciones a los derechos humanos que no iban a ser sometidos a la Justicia ni el castigo penal.

Tres mujeres habían encabezado aquella lucha, aquella esperanza, desde la Comisión Nacional Pro Referéndum que finalmente logró habilitar el plebiscito. Desde este suplemento, sendas páginas se ocuparon del tema y, como no podía ser de otra manera, Tota Quinteros estuvo en más de una oportunidad en ellas. Luchadora de todas las horas, hoy publicamos a modo de homenaje, parte de una entrevista que le hicimos donde la rescata en toda su sencillez y nobleza humana.

(...)

—¿Quién te puso Tota?

—Mi padre. El tenía la manía de poner muchos nombres y además sobrenombre. Mi hermana, por ejemplo, se llama María de las Mercedes Eugenia y le puso Coca y yo María del Carmen Lidia.

—¿De qué barrio de Montevideo sos?

—De la Unión, pero al fallecer mamá (cuando yo tenía tres años) mi padre me llevó a la casa de una hermana que vivía en Bulevar Artigas casi General Flores y allí me crié y viví también mi juventud. A medias, porque estuve 12 años pupila en las Domínicas en la calle Rivera. Después me casé y seguí viviendo en el mismo barrio.

—¿Qué edad tenías cuando te casaste?

—Tenía 26 años, Roberto era de los que decían que el hombre debe casarse después de los 30. Estuvimos cuatro años de amores porque había que reunir las cosas, y mi marido tenía 33 años.

—¿Antes de casarte qué hacías?

—Siempre trabajé corrigiendo deberes para el colegio. Era bastante duro. Corregía los cuadernos de dos grupos y me los daban a las 7 de la tarde y tenía que entregarlos a las 7 de la mañana. Eran unos 80 cuadernos con cuatro o cinco deberes cada uno.

—Así sí que vale la pena ser maestra.

—Es que la maestra era una religiosa y tenía grupos de mañana y tarde, y otras cosas que hacer y no le daba el tiempo para hacer la corrección.

—Cuando nació Elena ¿seguías trabajando?

—Sí, durante muchos años lo hice. Ella nació a los nueve meses de casarme... pero es ochomesina. Mi madre estaba un poco preocupada. Yo me casé un 7 de diciembre y Elena nació el 9 de setiembre y cuando me interné, mi madre le decía al médico: "Justo que nace nueve meses que se casó" y le dice el médico: "Justito para taparle la boca a las vecinas".

—¿No tuviste otros hijos?

—No pude, pero cómo me hubiera gustado.

—Cuando mirás para atrás, ¿cómo te ves a vos misma?

—Me veo como un producto de la época. Como una mujer que se tenía que dedicar a su casa, a sus hijos y no tenía otra ambición en la vida. Por más que interiormente capaz que quería otras cosas pero había que cumplir con ese ser mujer.

Enviudé en el 65. Tenía 45 años y después de años de enfermedad de mi marido. Por más que era un hombre muy liberal su enfermedad nos cortó mucho las alas. Hace mucho que dejé de leer a Corín Tellado. Ahora me gusta Galeano, Benedetti, Neruda. Antes, no sé, debía tener que ver con lo que era mi vida, encontraba en esas novelitas un pasatiempo, una evasión. Son lecturas que no te dejan nada, pasan al instante de ser leídas. Cuando uno empieza a tener una vida más rica también se exige más y ya no te distraen esas cosas o necesitás otras para alimentarte. Yo digo que es mucho mejor ser mujer ahora que hay más posibilidades de realizar cosas interiores.

—¿Te interesabas en la política en esa época?

—Mi marido era socialista, no hablábamos mucho de política pero nos interesábamos. Yo no estaba políticamente muy preparada. En mi casa no se hablaba de política y con él comencé a hablar, pero en realidad me fui aclarando más con la militancia de Elena. Lo que realmente me ha movido profundamente fue la actividad de Elena y el conocimiento de sus compañeros que fueron y son los míos.

—Cuando quedaste viuda, ¿Elena ya estaba estudiando magisterio?

—Sí, le faltaba un año para recibirse. Mi casa estaba siempre llena de muchachos y muchachas y eso me hacía también participar más de las cosas y vivirlas más de cerca.

—La gente que te conoce desde hace muchos años, ve en Tota hoy a una mujer más joven que a la de antes, a pesar de las angustias y el tremendo dolor. ¿Tenés hoy una relación distinta con el mundo?

—Sí, completamente. Lo que me pasó a mí fue horrible pero siempre pienso que hay otros que sufren más. María Esther sufre como yo la desaparición de su nieta, pero sabe que está viva en manos de otros. Sarita sabe que Simón está en algún lado. Pienso en esos dolores más grandes que el mío. Siento que espiritualmente estoy más joven porque lucho, porque de alguna manera, del dolor ha nacido una fuerza que no me permite quedarme quieta, darme por vencida.

—¿Podés verte como una dirigente política?

—No, yo me veo como una luchadora por los derechos humanos. Con Elena tenía poco diálogo político, pero aprendí mucho con su ejemplo.

—¿Qué pensás de los grupos de mujeres que hablan de sus derechos y del feminismo?

—Te voy a decir una cosa, yo soy feminista, pero no radical. Creo que el hombre es machista por culpa nuestra. Desde que nace un hijo varón lo tenemos como el "súper" y no lo educamos para compartir todas las cosas. Creo que el hombre tiene que compartir las mismas responsabilidades y trabajos que la mujer.

—¿Qué sentís respecto a la juventud de ahora?

—Me siento muy cerca, los comprendo, creo y los miro con alegría. Los jóvenes de ahora te hablan con mayor libertad de lo que viven y sienten que cuando yo era joven donde teníamos mil cosas prohibidas. Las gurisas vienen y me cuentan de sus relaciones de pareja, de sus problemas y alegrías con toda naturalidad. Y eso me parece sano.

—Con tu hija, ¿fue igual?

—Bueno, tuve mis contradicciones, además de la presión de la familia. Pero finalmente admití la libertad y empecé a pensar que lo que me habían enseñado era una idiotez.

—Cuando volvés tarde de noche, ¿te acompañan?

—Como no puedo subir a los ómnibus por mi pierna, me muevo siempre en taxi. Si vieras cómo me cuidan, algunos choferes se bajan y me acompañan hasta la puerta y esperan hasta que entre en casa.

¡Cómo para no confiar en nuestra gente!

(*) Entrevista publicada el 7.1.1989, **La República de las Mujeres,** págs. 6/7.

A nuestra querida Tota Quinteros, a la compañera, a la madre tenaz y valiente que luchó con amor y generosidad, con estoicismo, sin desmayo por encontrar a su hija y el destino de todos los desaparecidos, los torturados que con sus vidas defendieron la democracia, la dignidad de todo un pueblo.

Las hijas e hijos de esta Patria tenemos el compromiso de proseguir con la lucha común, por la verdad y la justicia y por Elena Quinteros y todos los desaparecidos.

Unión de Mujeres Uruguayas